

LOS FILMS DEL FAR-WEST

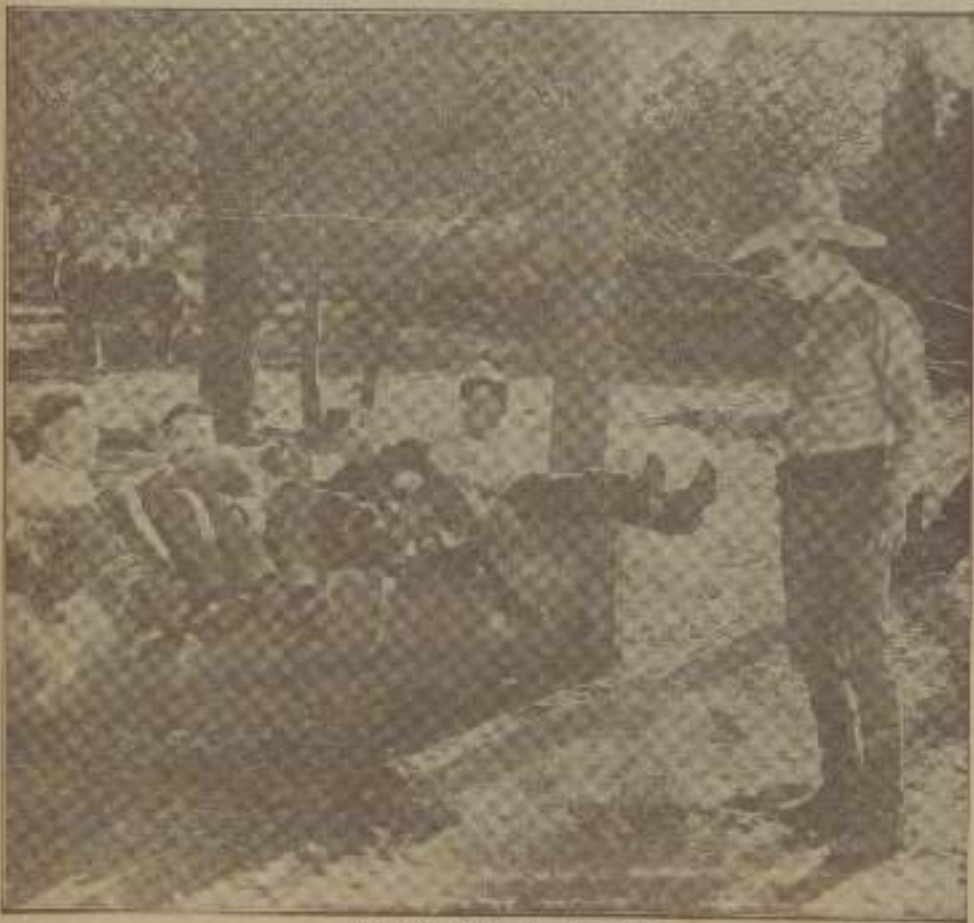


UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 7

LA LEY DEL TORTAZO

15 cts.



... apuntándoles con el arma...

LA LEY DEL TORTAZO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título perteneciente a «Selecciones Cintas», Gran Vía Layetana, 55 - Barcelona)

1

Querrido Moore, vive alerta, porque tengo referencias de que van a jugar una mala partida!

— ¡El que se atreva a hacerme nada que me disguste, agravie o perjudique, trabará conocimiento con mis puños y quizás con mi revólver, según sea la ofensa y el daño que se me haga!

— ¡Demasiado sabe usted, Jackson, como las gasta el hijo de mi madre!...

Esta respuesta salió de los labios de un hombre que contaría treinta años, de cuerpo corpulento y vigoroso.

El que la escuchaba tenía una edad aproximada e iba vestido a la usanza de los ganaderos del oeste americano.

Se hallaban sentados ambos a la mesa de un bar, y tenían ante ellos una botella y dos vasos.

Vació Moore el contenido del suyo de un solo trago, y luego, mirando con fijez a su interlocutor, le dijo:

— Jackson, hable usted con franqueza y claridad. ¿Qué significan sus palabras? ¿Son una broma?

— No, Son un aviso.

— En tal caso, ¡ay del que se me ponga delante, desafiando mi odio y mi cólera— exclamó Moore con voz sorda y ademán bravucón—, sea quien sea! ¡Mil rayos! ¡Me gustaría conocer a esa persona que se

atreve conmigo!... ¿De seguro ignora cómo las gasta yo! ¿Puede usted decirme quién es?

— Sí.

— ¿Quién?

— John Calhoun.

— ¿Mi amo?

— Sí, el propietario del *Rancho del Diamante*, en el que ejerce el cargo de capataz!

Palidecieron de rabia las facciones de Moore, y durante unos momentos guardaron silencio los dos hombres.

Moore fué el primero en hacer uso de la palabra diciendo:

— ¡Ahora mismo voy a salir de dudas! Quiero hablar con el señor Calhoun, y si es cierto lo que usted me ha anunciado, entonces nos veremos las caras!

Pronunciadas estas palabras, se puso en pie, con la intención de cumplirlas. Pero Jackson lo retuvo por un brazo, ordenándole:

— ¡Espera! ¡No te precipites! ¡Ten más seriedad y más paciencia!

— ¿Qué voy a esperar? ¿Acaso no sé ya bastante? No asegura usted que el dueño del *Diamante* quiere echarme como si fuera un perro?

— ¡Eso es indudable!

— ¿Y cree usted que yo me voy a resignar como se resigna un perro cuando lo amenaza y lo apalea su dueño?

— ¡No, no creo tal cosa! ¡Sé que si las cosas llegan a ese extremo, sabrás vengarte! — insistió Jackson.

— De un modo terrible! — afirmó Moore.

— Pero tu venganza no debe ser vocinglera y clara, sino callada y misteriosa, para no tropezar con la justicia, el presidio o la horca. ¿Comprendes?

« ¡Síentate, Dutch! ¡Tenemos que hablar!

Obedeció el enfurecido y jaquetón capataz, cuya fama de hombre terrible, más que su valentía verdadera, infundía en todo el pueblo un cobarde respeto.

Jackson añadió:

— ¡Dejemos que las cosas sigan su curso normal! Ni a ti ni a mí nos conviene declarar la guerra a Calhoun por los motivos que ya sabes... Mis ganados se alimentan en sus praderas... y mi corazón arde de amor por Helen, su hermosa hija... la más bella flor que existe bajo el cielo del Oeste!

« ¡No me conviene, pues, refirir con el propietario del *Diamante*, por esos motivos, » por lo tanto, no quiero que tú, mi amigo, aliado y cómplice, riñas con él tampoco!

« Quizás las noticias que, por una casualidad, han llegado a mis oídos, no lleguen a confirmarse.

— ¿Qué noticias son esas?

— Se refieren a cierto mozo, joven y bien plantado, que quizás hoy mismo llegue aquí... Se llama Jim West... y, según mis informes, Calhoun quiere nombrarlo capataz de su rancho...

— ¡La sangre me hierve escuchándole a usted, Jackson! ¿Quién le ha dicho todo eso?

— ¡Uno de mis *cow-boys*, que ha regresado de viaje y es amigo de la infancia de ese Jim West, tu probable sustituto...

Apenas hubo terminado el ranchero Jackson su respuesta, atrajo su atención un rumor de voces y de pasos precipitados.

Seguidamente aparecieron en la

amplia puerta del *bar* varios hombres.

— ¿Qué sucede, muchachos? — inquirió Jackson. — ¡Entrad, entrad!

Obedecieron aquellos, que estaban a su servicio, y uno de ellos declaró:

— ¡Ha llegado ya!

— ¿Quién?

— ¡Jim West, mi amigo de la niñez!

Cambiaron Jackson y Moore una significativa mirada.

Este último se puso en pie.

Uno de los *cow-boys* recién llegados, golpeándole el hombro amistosamente, le dijo:

— ¡Ten cuidado, compadre!

— ¿Yo?... ¿De qué voy a tener cuidado, asno de dos patas? — exclamó Moore, que era muy fastidioso con los que ya sabía de antemano, que no se atreverían con él.

— Ese forastero viene con aires de matón... y, la verdad sea dicha, parece hombre de pelo en pecho!

Moore se puso en pie, y con un lacónico « ¡hasta la vista! », se despidió de Jackson y el grupo de sus dependientes que, junto al mostrador, conversaban en voz baja mientras sorbían sus respectivos vasos de *whisky*.

Aunque la conversación que hemos referido da a nuestros queridos lectores una exacta idea de la índole de las relaciones que existían entre Jackson y Moore, y además revela la bajeza y ruindad de sus caracteres, para hacer de ellos un más completo retrato moral añadiremos que el primero de aquellos, o sea el ganadero, había llegado a ser dueño de un rancho gracias a sus artes de fullero, a las trampas que hacía en las partidas de naipes, donde los *cow-boys* de diez leguas a la redonda, emponzoñados por el vicio del juego, acudían a dejar sus menguados haberes.

Moore lo había secundado con frecuencia en sus habilidades e infamias de tabur, y, sobre todo, había ayudado a enriquecerse permitiendo que sus cada día más ex-

tensoz rebañes, pastasen en los dominios de Calhoun.

Estos continuos abusos habían

decidido al propietario del *Rancho del Diamante* a buscar un substituto a su infiel y depravado capataz.

II

Cuando llegó éste al *Rancho del Diamante*, en una de las amplias estancias de la planta baja del edificio que servía de morada a sus dueños, se hallaba Jim West, mozo de unos veinticinco años, de arrogante figura y varonil belleza, conversando alegremente con John Calhoun y su hija Helen.

Algo separados sostenían en voz baja un vivo diálogo varios cómbogos.

De pronto, separándose de sus interlocutores, Jim West acercóse a aquéllos y sonriente y con acento algo rumbón les dijo:

—Como sin duda, les causa a ustedes extrañeza y curiosidad mi presencia aquí, voy a decirles a qué he venido y quién soy: Me llamo Jim West y desde este momento habrán ustedes de obedecerme como capataz.

En aquel momento entró Duth Moore, a cuyos oídos llegaron claramente las palabras de Jim West.

Su llegada produjo en todos, sin excepción a Calhoun y su preciosa hija, una espectadora sensación.

Todas las miradas convergieron hacia él. Moore avanzó unos pasos, plantándose con actitud retadora delante de Jim West.

—Es usted el que hablaba cuando yo aparecí por aquella puerta? —le preguntó.

Mirándole con serenidad y desprecio al mismo tiempo, exclamó el forastero.

—¿Y usted quién es?

—Lo sabrá usted pronto, por su mal! Soy el capataz de este rancho! Y usted va a largarse ahora mismo de este rancho y de la co-

marca más que de prisa, porque...

No pudo terminar.

Jim West le asió un puñetazo en pleno rostro, al que siguieron varios más en el pecho y la mandíbula, a consecuencia de los cuales el valentón rodó por el suelo como un pebete, barbotando, sin embargo, como acostumbraban todos los matones, insultos y amenazas cuando son vencidos y vapuleados.

Pero Jim West no estaba todavía satisfecho y quería castigar a su adversario de un modo ejemplar y para escarmiento de fanfarrones y empuñados de perdonavidas...

—Este jacuñón no tiene bastante aún! —rugió—. Le puedo hacer más daño todavía y quiero hacérselo! Voy a machacarle los huesos para que se acuerde mientras viva de Jim West, el nuevo capataz de este rancho!

«¡Que nadie intervenga en la lucha intentando separarnos!»

Entretanto, Duth Moore se había puesto en pie, aullando de cólera y gesticulando furioso, como si quisiera más con sus vociferaciones y aparatosos ademanes que con la fuerza de sus puños y su bravura, asustar a su enemigo.

Y así era, en efecto, por cuanto tuvo buen cuidado de no avanzar hasta ponerse al alcance de los golpes de Jim West.

Lanzó éste una riastada de desprecio al percatarse del miedo y la cobardía del bravocon Moore, y, dando un salto increíble, pudo asestarle otra tanda de puñetazos que hicieron caer a Moore de espaldas sobre una mesa, y de ésta de cabeza al suelo.



—¡Nada temas, porque te amparan mis brazos!

El coraje y la fuerza suscitan siempre una repentina y sincera admiración. Los *cow-boys*, que hasta entonces habían tenido a su capataz por un hombre de muchas riñones, como vulgarmente suele decirse, y lo habían temido, viendo su vileza y su derrota, experimentaron un sentimiento de alegría contemplando la arrogante y poderosa figura del valiente forastero con respetuoso asombro y evidente simpatía.

Jim West intentó abalanzarse de nuevo contra el folón Moore, que, simulando más daño del que realmente recibiera, al ejemplo del escarabajo que se hace una pelota para evitar un gran peligro, o de la blanca liebre de los Alpes, que se queda inmóvil en la nieve para que sus perseguidores no la hostiguen, ya no intentó ponerse en pie.

Entonces el nuevo capataz, repe-

tidos, quiso arrojarle sobre su rival, y mal lo hubiera pasado éste si llega a descargar contra su persona otra tanda de manotazos.

Pero se lo impidieron los *cow-boys*, unos cogiéndole por las piernas, otros sujetándole los brazos cuando ya estaba de pie en la mesa que, a modo de barricada, lo separaba del cobarde y maltrecho Moore.

Consiguieron aplacar su saña, además, con palabras suplicantes.

Sobre todo la aparición de Calhoun y de su bella hija, que para no presenciar la violenta escena que hemos descrito habían abandonado aquella estancia, acabó de calmar los acalorados ánimos del nuevo capataz.

—¡Lo que yo esperaba y deseaba, querida Helen!—dijo el rico propietario a su hermosa pimpollo—. ¡Ya tenemos el hombre que nos ha-

era falta para que acabaran los abusos y latrocinios que con nosotros se cometían!

—¡Nos veremos!—gritó entonces Duth Moore amenazando con el puño a su victorioso rival.

—¡Por vida de...! ¿Aún te atreves a gallear, cobarde?—repuso Jim West—. ¿Dónde y cuándo nos veremos?

—Te lo diré luego que este hombre conteste a la pregunta que voy a hacerle!

Y encarándose con el padre de Helen, inquirió:

—¿Quién es aquí el capataz?

—¡Ese hombre!—contestó el dueño del *Rancho del Diamante* indicando a Jim West—. ¡Para eso lo he llamado y desde este momento nada tiene usted que hacer aquí!

—Ah! ¿Se me echa, pues, como a un perro?—bramó Moore, pálido de ira.

—No merece usted ni pizca de consideración y no se la tengo!

—¡Se acordará usted de mí, John Calhoun! Y en cuanto a ti, Jim West, vuelvo a decirte: ¡Nos veremos! No transcurrirán muchos días sin que venga yo a tu encuentro y en un sitio solitario, cada cual armado de un revólver bajo el cielo del Oeste, ya veremos quién vende y quién cae.

—¡Ahora mismo vamos a verlo! ¡Muchachos, dadle un revólver a ese hombre! ¡Yo tengo el mío! ¡Lo oí! ¡Obedece!—

Uno de los *cow-boys* acercóse a su ex capataz alargándole la mencionada arma de fuego.

Pero aquél no hizo el más leve gesto para cogerla.

Y, evasivamente, de acuerdo con su miedo y su cobardía, respondió con voz ahuecada:

—El arreglo de ciertos asuntos me impide aceptar en el acto tu desafío, Jim West! ¡Ningún hombre nacido de mujer puede alabarse de haber ofendido impunemente

al que os habla, y tú tampoco te alabarás! ¡Teme mi venganza, lo mismo que John Calhoun!

Pronunciadas estas palabras y sin esperar respuesta a ellas, se apresuró a salir de la estancia... Y sólo comenzó a sentirse tranquilo y creerse fuera de peligro cuando ya algo lejos volvió la cabeza y convenciéndose de que no lo seguía su formidable enemigo.

Encaminaba sus pasos hacia el rancho de Jackson, y le faltaban un centenar de metros para llegar cuando sus ojos divisaron una sirosa y juvenil figura de hombre que avanzaba a su encuentro.

—¿Dónde vas, Duth?—le preguntó aquél con afable acento apenas estuvo a pocos pasos.

—¡Tu padre me ha despedido, tu padre me ha infligido la ofensa más grave que a un hombre como yo se le puede hacer...

Turbado y confuso, Teddy Calhoun balbuceó:

—¿Pues qué ha ocurrido para que mi buen padre haya prescindido de tus servicios? ¿Qué le has hecho, querido Duth?

—¡Nada que yo sepa! ¡Toda la culpa, sin embargo, no la tiene tu padre! Otra persona es más culpable que él... y a esa persona yo la odio a muerte y he de acribillarle a balazos su corazón maldito.

Hondamente impresionado, pues creía a Duth Moore capaz de llevar a cabo su amenaza, Teddy inquirió:

—¿Conozco yo a esa persona?

—Quizás no la hayas visto nunca; pero sabrás quién es en cuanto llegues a casa.

—¿Cómo se llama?

—¡Jim West! Es el nuevo capataz del rancho de tu padre... y, tal vez, si no lo impidiera mi odio, enviando a ese hipócrita ambicioso a los infiernos, dentro de poco no habría allí otro dueño que él!

—¡Oh, en cuanto a eso ya me cui-

daré yo de que no ocurra! ¡Hasta la vista, Duth! Yo seré siempre tu amigo!

Dichas estas palabras, aquel ato-

londrado e insensato joven separóse del miserable Moore... que tanto daño le había hecho emponzoñando su corazón con el vicio del juego.

III

No pudiendo Teddy conocer y hablar con el nuevo capataz apenas llegó a su casa, emprendió un viaje hacia una población cercana del que no regresaría hasta el anocheecer.

Jim West no dió por terminada aquel día su actividad. Para conocer bien la extensa finca en la cual sería reconocida su autoridad en lo sucesivo y obedecidas sus órdenes, como si las dictase el mismo propietario, decidió recorrerla a caballo.

Llamó, pues, a unos cuantos *cow-boys* para que lo guiasen y acompañaran, y emprendió la excursión.

Una neblina rojiza flotaba en la vacía inmensidad que se extendía ante su vista.

Al cabo de un par de horas de paseo, llamó la atención del bravo y activo Jim West un nutrido rebaño de ganado bovino que pastaba en un extenso y lozano prado.

Entonces preguntó a uno de sus hombres:

—¿Son también del señor Calhoun esos hermosos y lucidos animales?

—El prado en que pastan, sí, pertenece a nuestro amo; pero las vacas, no...

—¿Eh? — exclamó Jim West—. ¿Qué diantre estás diciendo?

—La verdad...

—Habla claro.

—Ese ganado pertenece al rancho Jackson... cuyas fincas lindan con las de nuestro amo...

—Pero... pero... sin duda debe

de pagar un precio para que su ganado pascie aquí, ¿no es cierto?

—No.

—¿Cómo!

—El ranchero viene cometiendo ese abuso desde hace mucho tiempo...

«El señor Calhoun se lo ha reprochado muchas veces y hasta ha llegado a amenazarle... Pero Jackson o su gente no se han enmendado... y, ya ve usted...

—¡Sí, sí, ya veo y ya sé bastante para saber lo que tengo que hacer!

—exclamó Jim West—. Antes de media hora ese ganado estará fuera de las praderas del *Rancho del Diamante*, o de lo contrario, pronto habrá algunos hombres patas arriba en el *arraje*!

Rato diciendo, se lanzó como una centella hacia el sitio donde pacían las vacas de Jackson; no lejos de aquí, bajo unos árboles, conversaban animadamente media docena de hombres, sentados en un gran peseter portátil.

Jim West apeóse del caballo y, empuñando el revólver, se plantó ante los hombres de Jackson, y apuntándoles con el revólver les preguntó:

—¿Qué hacéis aquí, quién os ha dado permiso para venir aquí?

Tan fiero era la actitud del nuevo capataz y tan amenazadora su mirada, que los seis sorvidores del fullero Jackson, creyendo que iban a recibir un balazo, al querer ponerse en pie y defenderse, hicieron caer el pesetre hacia atrás y ellos cayeron también de espaldas.

—¡Propio, pandilla de granujas!



Moore recibió un balazo...

LA LEY DEL TOR- TA- ZO



...fue al encuentro de sus hombres más valientes...

—oyeron decir al terrible capataz del *Diamante*, de cuya indomable bravura ya tenían referencias en el rancho de Jackson—. ¡Largaos en el acto con vuestro ganado! ¡Yo lo mando! ¡Y el que se niegue a obedecer que lo diga, pero ha de saber antes que si me planta cara, no lo separaré del infierno ni el grueso de una orina!

Seguía a estas palabras el más completo silencio. Los vaqueros de Jackson cruzaron entre sí miradas interrogadoras.

—¿Qué hacemos?—se preguntaba cada cual con los ojos.

Todos llevaban al costado derecho su revólver; todos eran jóvenes, fuertes y templados y avaros en toda suerte de aventuras y peligros.

Y, sin embargo, el hombre que con el brazo armado hacia ellos,

Interpretación de
**Buddy
Roosevelt,
Walter
Maley,**

las pupilas llenas de fuego y el rostro sereno y sombrío tenían delante, infundían una especie de terror.



...engañándolo por las piernas

Cierto era también que contribuía a su apocamiento y vacilación.

**Hank
Bell
,
Elsa
Benham**

la certeza de que estaban cometiendo un abuso y un daño injusto contra el dueño de aquella finca obedeciendo al suyo.

Cuando se pusieron en pie, todos se apresuraron a hurtar su cuerpo del peligro de ser perforado por un balazo de Jim West, agazapándose tras el tronco de algún árbol y empuñando a su vez el revólver.

Sonó un disparo, siguiéndole un grito de dolor. El nuevo capataz había hecho fuego, hiriendo en el hombro derecho a uno de los cowboys de Jackson, al mismo tiempo que bramaba con voz estentórea:

—¡Largo de aquí en seguida, caballas, o os mataré a todos como a perros, uno después de otro! ¡Se acabaron para siempre los abusos y los atropellos! ¡Y al que de hoy en adelante intente cometerlos, le costará el pellejo!

«¡Salid de vuestro escondite, poltrones!

Acudieron en tanto junto a Jim West los hombres que le habían acompañado, y éste les ordenó:

—¡Aquí, muchachos! ¡Empuñad el revólver y escuchad bien lo que voy a deciros! Si antes de cinco minutos los hombres del vil Jackson no han sacado de nuestras praderas sus vacas y busyes, los empunderemos a tiros, exterminándolos como alimañas! ¡Oía, vosotros

que estáis escondidos? ¡Cinco minutos de tregua os concedo! ¡Aprovechadlos si estimáis en algo la vida.

No dejaron de surtir efecto estas palabras; pues inmediatamente, aquéllos, impulsados por un verdadero terror pánico, echaron a correr hacia su ganado, vociferando y gritando, y en el breve plazo fijado por el audaz y valeroso Jim West, no quedaba en la extensa y verdeguante pradera ni un solo ruiniante de Jackson.

IV

Se hallaban aquella noche conversando animadamente John Calhoun y su bella hija con el arrogante Jim West de la proeza llevada a cabo pocas horas antes...

¡Bravo, querido Jim! — alabó el rico propietario—. ¡Ya era hora de que el ganado de Jackson dejase de comerse nuestros pastos y de causarnos mil destrozos!...

¡No creo que acaben aquí las cosas! — dijo el nuevo capataz con imcomparable actitud—. ¡La guerra estallará pronto! ¡Pero no seremos nosotros los vencidos! — acabó diciendo con sencillez por completo exenta de jactancia.

Meneó la cabeza con tristeza el bondadoso Calhoun, afirmando después:

—¡Lo mismo temo yo! ¡Jackson es un hombre tan rapaz como malvado! Siempre lo he considerado, por ésta y otras razones que me callo — y al decir esto miró a Hellen de una manera significativa —, un vecino en extremo peligroso!

«¡Por eso lo llamé a usted, Jim West! Apenas supe que había regresado sano y salvo de la gran guerra, me dije: «¡Este es el hombre de confianza que me hace falta! ¡El velará por la seguridad de mi ha-

ciendo y por la tranquilidad de mi familia!»

—¡Y yo sabré demostrar que soy digno y merecedor de esa confianza! — repuso Jim West, cuyos grandes ojos se cruzaron con los hermosos y azules de Hellen.

—¡Ya lo ha demostrado y de una manera bien rotunda! ¡Ahora ya no me cabe duda de que el depravado Jackson no conseguirá robarme el más querido y valioso de mis tesoros! ¿Sabe usted cuál es?

Al mismo tiempo acarició las mejillas de Hellen, escondidas como amapolas y la besó tiernamente, pues sentía hacia su hija un amor inmenso—. ¡Es éste! — añadió.

La aparición de un personaje que ya conocen nuestros lectores, puso fin a este interesante diálogo.

Ese personaje era Teddy Calhoun, juguete de la voluntad de Jackson, quien lo había convertido en un dócil y seguro instrumento de sus ruines ambiciones y execrables deseos, según referiremos luego...

Apenas lo vió, Jim West se puso en pie, y alargando su mano fuerte y cordial, exclamó:

—¡Tengo mucha alegría viendo-

to, Teddy! ¿No te acuerdas de mí? Eras un muchacho aun cuando yo me alisté de voluntario...

A su emocionado y franco lenguaje, a su alegría sincera, el recién llegado correspondió con una actitud huraña y un hostil encogimiento de hombros.

Después declaró con frialdad:

—¡Yo no comparto tu alegría, Jim West!

—¿Por qué? —inquirió con extrañeza el valeroso mozo.

—¡Porque sé que tienes la culpa de que mi padre haya echado a nuestro capataz Duth Moore!

—¡Estás mal informado, estás en un error, Teddy! ¡Pero yo quiero sacarte de él! Tu mismo padre podrá enterarte mejor diciéndote las verdaderas razones que ha tenido para despedir a ese hombre!

Pronunciadas estas palabras, Jim abandonó la estancia dejando en ella a John Calhoun con sus dos hijos.

IV

Estaban muy excitados los ánimos en el rancho de Jackson contra Jim West. La palabra venganza salía con frecuencia de los labios de aquellos rudos hombres, en cuyos corazones el miedo y la humillación iban transformándose en odio y coraje...

Jackson atizaba ese odio incesantemente, incitándoles a la represalia.

Era una vergüenza que un hombre solo pudiera imponer su voluntad a tantos otros hombres, jóvenes y fuertes como él.

Dos días después el ganado de Jackson volvía a pastar en la finca de Calhoun, y ello equivalía a la declaración de la guerra que Jim West había previsto y anunciado.

Cuando uno de sus subordinados le llevó esta noticia, había cerrado la noche, y Jim West, por lo tanto, no pudo castigar aquel abuso con la rapidez con que habría deseado.

Sin embargo, sabía que en el bar de que era propietario Jackson solían reunirse para jugar y embeorrarse los hombres de aquí y decidió visitarlo aquella misma noche con varios de sus *cow-boys*.

Pero cuando se disponía a salir,

le anunciaron la visita del capataz de Jackson, de nombre Tallas...

Apenas estuvieron frente a frente los dos hombres, el visitante dijo:

—¿Le extraña a usted que venga a verlo, no es cierto?

—Así es...

—¡Sin embargo, el motivo que aquí me trae no lo debe usted ignorar! ¡Vengo a pedir excusas!

Jim West silencioso y con la mirada interrogante lo animó a proseguir:

—¡Conducíamos hoy el ganado a nuestro rancho, pero se nos demandó, y rompiendo las vallas penetró en el terreno de ustedes... sin que nosotros pudiéramos evitarlo. ¡Por lo tanto, les hemos causado un perjuicio por el que nuestro amo Jackson está dispuesto a indemnizar lo que sea al señor Calhoun!

Sonriendo con mofa, Jim West replicó:

—¡Ya era hora de que nuestro amo demostrara cierta honradez! De todas maneras, a mí me parece algo sospechosa esa querencia de nuestro ganado a penetrar en nuestros pastos rompiendo las alambradas...

—Lo cual quiere decir que yo



—¡Yo nunca amenazo en vano!

miento, ¿no es eso?—preguntó el capataz Tallas.

—¡Quiero decir lo que ya dije el otro día! ¡Que se han acabado los abusos! Y añado: que yo no suelo amenazar nunca en vano si quieren burlarse de mí...

«En esta ocasión, no sé la cantidad que pedirá el señor Calhoun de indemnización. Pero sea la que quiera, el amo de usted habrá de pagarla... Nada más tenemos que hablar.

En efecto, ha venido a pedir excusas y prometer el pago de los perjuicios causado por nuestro ganado. Ya se entenderán nuestros respectivos amo, pues según creo, tienen algunas cuentas que saldar...

No escapó a Jim West la ironía que vibraba en estas palabras; pero no sospechó lo siquiera en su significado, se limitó a encogerse

de hombros dando por terminada la entrevista...

Sin embargo, su ignorancia habría de cesar muy pronto... Encaminando sus pasos hacia la morada propiamente dicha del señor Calhoun, antes de llegar a una de las esquinas de la fachada posterior, llegó su oído una voz de mujer que ejercía en todo su ser un encanto supremo.

—¡Hellen!—murmuró parándose de pronto, lleno de ansiedad y de curiosidad—. ¿Con quién está hablando?

Una fuerza más poderosa que su voluntad lo retuvo en aquel sitio.

Seguidamente una voz de hombre que le era por completo desconocida, comenzó a decir:

—De usted sola depende, querida Hellen, el evitar que su padre reciba un tremendo disgusto y haya

de desembolsar esa enorme suma para salvar a su hermano de la deshonra y de la cárcel...

—Santo cielo... ¿es posible que Teddy haya hecho eso? —exclamó la hermosa criatura con angustioso acento.

—¡Es absolutamente cierto, Helen! ¡Acaso lo duda usted? ¡No conoce usted bien la letra y la firma de su hermano? ¡Estos pagará que en total surman varias docenas de miles de dólares, los ha trazado y firmado él!

«Pero no se aflija usted demasiado, dulce amiguita, porque soy yo el acreedor de Teddy, y la quiero a usted sobre todas las cosas!... ¡En usted cifro yo toda la dicha que puede alcanzar un hombre en este mundo, Helen! Por una palabra de amor de sus labios, por una mirada de afecto de sus divinos ojos, daría yo la riqueza más fabulosa...

«Pronuncie usted esa palabra, míreme con cariño y le juro romper estos pagarés y arrojarlos a sus pies... ¿Qué contesta, Helen?

—¡Imposible! ¡Imposible! — susurró la afligida criatura.

—¿Entonces prefiere usted ver arruinado a su padre o encarcelado a su hermano como estafador? — preguntó Jackson con acento enfurecido de despecho.

—¡Usted no hará eso!

—No lo haré, es verdad, si usted accede a ser mi esposa... ¡Helen, piénselo usted bien! ¡En este momento se está decidiendo el porvenir de su hermano y el de usted! Piense, además, que si yo llevo a reclamar lo que es mío, haciendo uso de mi buen derecho, su bondadoso padre recibiría un golpe más fuerte y doloroso de lo que podría soportar su corazón...

—¡Déjeme usted, Jackson! ¡No me atormenta usted! ¡El sacrificio que usted exige, no puedo hacerlo!

—¿Por qué?

—¡Jamás me casaré con un hombre sin amor!

A estas palabras siguió un breve silencio.

Jackson fué el primero en interrumpirlo diciendo con voz bronca:

—¿Puede saber quién es el rival que me impide ser feliz dándole a usted mi nombre, Helen?

—¡Vuelvo a explicarle que me deje usted, Jackson! ¡Márchese y sea de nosotros lo que Dios quiera!... ¡Esos malditos pagarés...!

—Prosiga usted. ¿Qué iba a decir?

—¡Iba a decir que no creo que mi atolondrado hermano haya recibido la cantidad que en ellos figura!

Salió de los labios del fullero Jackson una grosera imprecación.

—¡Por vida de...! ¡Hellen! ¡Me ha ofendido usted de una manera tan injusta como grave con sus insensatas palabras! ¡Me cree usted, pues, capaz, de cometer las peores vilezas?

—¡Creo que es usted un hombre malo... Jackson! ¡Un hombre que por ver satisfechas sus pasiones no repararía en ningún medio! ¡Creo que en este asunto existe algo misterioso e infame! ¡Teddy no puede haberse degradado y pervertido hasta ese extremo, a pesar de haber tenido la enorme desgracia de conocerlo a usted y ser amigo de usted!

«Esto es lo que yo pienso, Jackson! ¡Oh, cuánto daño quiere usted hacernos!

—¡Mucho puedo hacerles y se lo haré! ¡Cuándo? Dentro de unos días volveremos a hablar, orgullosa y bella Helen! ¡Y si entonces no accede usted a mis pretensiones, ya puede oírse a temblar por su hermano, por su padre y por usted misma! Porque...

«¡Condenación! ¿Qué significa esto?

—¡Cobarde, infame! ¡De rodillas ante esta inocente y débil criatura, a la que amenazas como un bribón!

La indignada y colérica voz de

Jim West acababa de pronunciar estas palabras.

Cautamente, a paso de lobo, sin que su presencia fuese advertida por ninguno de los que sostenían el diálogo que hemos copiado, habíase acercado al tramposo Jackson y echándole en los hombros sus poderosas sarpas, luego de decir lo anterior, acentuando su fuerza, añadió:

— ¡De rodillas, repito!

Tan agudo era el dolor que sentía en los huesos, cogidos por aquellas formidables tenazas, que Jackson, protriendo sordos gritos de cólera, hubo de doblegar su cuerpo.

— ¡Miserable! — rugió —. ¡Se acordará usted de mí!

— ¡Sí, sí; difícilmente olvidaré en mi vida a un inhumano y degenerado perro como tú! — replicó Jim West con mofa.

«Podría ahora mismo aplastarte el cráneo y arrancarte los pagarés que el hermano de esta angelica criatura ha firmado. Dios sabe de qué modo... quizás sin saber lo que hacía... tal vez bajo amenazas de muerte.

«Pero no hago ni una cosa ni otra porque los sujetos de tu calafina acaban por tropezar con la justicia y acabar sus días en un presidio o en la horca... Y, además, porque resplandecerá la verdad

Esto diciendo, le dio a Jackson un empujón, tirándolo de espaldas contra la escalinata del edificio.

— ¡Lárgate, lárgate pronto, pues nunca sintió un hombre honrado como yo el loco impulso de exterminar a una alimaña como tú de un modo tan vehemente cual el que está invadiendo ahora todo mi ser...

«Jackson lo creyó... En los ojos y en el rostro de Jim West leyó su espantada mirada una fulminante sentencia de muerte... por lo que, humilde y acobardado como un can, alejose de Hellen y de su protector.

¿Nada más que su protector?

Digamos de una vez que Hellen y Jim se adoraban; que habían mezclado sus inocentes juegos de la infancia y que cuando volvieron a verse, el amor renació en sus corazones, colmándolos de dicha...

VI

La noche que siguió a este lance fué tan abundante en peripecias que, para referirlos minuciosamente necesitaríamos varias páginas.

Jim West visitó el *bar* de Jackson, por haberse enterado de que éste y sus hombres intentarían, emparados y protegidos por la obscuridad, robar el ganado del *Rancho del Diamante*.

¿Cómo había averiguado tan alarmante noticia?

Por medio de un anónimo.

«*Vivid alerta! — decía el desconocido comunicante —. Esta noche un grupo de hombres a las órdenes*

de Jackson y del propio Teddy Calhoun, invadirá el Rancho del Diamante y cometerá en él toda clase de pillaje...»

— ¡Si pueden! — rugió Jim West apenas terminó de la anterior lectura.

Lo que más le aponaba, sin embargo, era que Teddy formase parte de aquella horda.

¿Era posible que su degradación y envilecimiento hubiesen llegado a ese extremo? Era posible que no existiese ya en su corazón el más leve vestigio de honradez ni de amor filial?

El valeroso mozo, para no infligir a su amo ni a su amada Hellen una pena tan honda enterándoles de los viles propósitos de Teddy, al que ambos querían, a pesar de todo, con acendrada ternura, rompió la carta.

Aquel secreto permanecería encerrado en lo más profundo del corazón.

Luego fué al encuentro de sus hombres más valientes y les refirió la trifulca que se amenazaba.

— ¡Espero que sabréis mostráros dignos de mí! En cuanto anochezca, ocuparéis los sitios más arriesgados de la hacienda, revólver en mano y bien templado el corazón!

Los rudos *cow-boys* acogieron con jubiloso entusiasmo el anuncio de su capataz.

...

El cual tomó el camino hacia el bar del fullero Jackson.

Pero apenas entró en el establecimiento, tuvo una reyerta con Dutch Moore... Este, habiendo recibido en mitad del pecho un balazo y creyendo cercano su fin, declaró

que los pagarés que obraban en poder de Jackson los había firmado Teddy en completo estado de embriaguez.

El audaz capataz se apresuró a hacerse de una declaración escrita de las palabras del herido, que firmaron cuatro hombres, y una vez dueño de tan precioso documento, regresó al *Diamante*, dando las órdenes oportunas para recibir a los nocturnos ladrones.

La candorosa Hellen, no pudiendo soportar la angustia que la sobrecogió al saber lo que Jackson y su pandilla se proponían, fué acometida por una especie de desmayo.

Jim West la trasladó en sus brazos a un lugar seguro, donde la estuvo velando durante las largas horas de aquella terrible noche, cuyo augusto silencio turbaron con frecuencia ruidosas detonaciones, la abnegada y fiel sirvienta...

Al día siguiente los hombres del *sherif* se apoderaban del fullero Jackson que, convicto y confeso de todas sus vilezas y delitos, cumple hoy condena en una penitenciaría del Oeste, mientras Jim West y Hellen son los esposos más felices del universo... y Teddy lo que se llama un hombre honrado, activo y bueno...

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL CULPABLE

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

Es la publicación más interesante y económica que ahora puede adquirirse

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS.
2. CONTRA VIENTO Y MAREA.
3. EL VALLE DEL MISTERIO.
4. EL REY DE LOS JINETES.
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER.
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST.

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 18^a - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona.